

Roberto Bolaños Aguilar C.ss.R.

MADRE CLARITA

**Fundadora de la Congregación de la Congregación de
Carmelitas de San José.**

-2005-

Prólogo.

Al tomar este libro entre tus manos, querido lector, acaso te hagas una pregunta: ¿Para qué una biografía más de Madre Clarita? ¿No es suficiente con las existentes? Y acaso tengas razón, pero sucede que cada libro va dirigido a un grupo muy concreto de lectores, porque un libro no es una reflexión en solitario, sino diálogo a distancia entre el autor y el lector, de modo que aunque no conozco tu nombre, ni he visto tu amable rostro, al escribirlo estaba pensando en ti.

La clave para entender este escrito sobre la Sierva de Dios Clara María de Jesús es que se trata de una “**Vida Breve**”, pues en él hemos prescindido de todo aquello que consideramos no esencial para quedarnos con lo que, a nuestro entender, constituye la médula de su vida y su mensaje cristiano.

También la brevedad tiene que ver con aquellas personas que no tienen el tiempo o el aliento para emprender la lectura de un texto extenso o intenso, pero si poseen el gusto por leer. Hemos pensado en un texto con lenguaje muy sencillo, accesible a todos, para que Madre Clarita pueda ser mejor conocida todas las personas, de modo especial, por los pobres y los humildes a los que ella quiso dedicar su vida.

Escribir este libro no estaba entre mis planes, simplemente una tarde teniendo entre mis manos un pequeño cuadernillo cuyas páginas se encontraban en blanco, nació la idea de escribir esta **Vida Breve** que acaso sólo tenga un mérito: ser el escrito más personal sobre la Sierva de Dios.

Roberto Bolaños Aguilar.

CAPÍTULO I

Casi un ángel.

¿Te gustan las historias? ¿Quieres escuchar una muy hermosa y edificante? Se trata de la vida de Madre Clara María de Jesús Quirós López, más conocida con el cariñoso nombre de **MADRE CLARITA**, que fue una mujer que amó mucho a Dios y a los niños y niñas más pobres y abandonados.

Era a finales del mes de julio del año de gracia de 1856, cuando los jóvenes **Daniel Quirós Escolán** y **Carmen López** se casaron en la Iglesia de Santo Domingo, en la Ciudad de San Salvador, República de El Salvador.

Daniel y Carmen se querían mucho y eran muy felices, la única situación que empañaba un poco su felicidad era que el padre de Daniel, el aristocrático e ilustre, Licenciado **Don**

José Félix Quirós Sánchez, no aceptaba a Carmen porque era de cuna humilde y nacida de una unión libre, pues su madre Doña Juana López, era madre soltera.

La dicha de los jóvenes esposos aumentó cuando se dieron cuenta que Carmen estaba esperando un hijo.

Ella misma preparó el ajuar para el niño o la niña que estaba por venir, ayudada en todo por su tía **Serafina López**, hermana de su madre, que como era soltera se fue a vivir con ellos para acompañar cuidar a Carmen en esos meses de dulce espera.

Hasta entonces habían vivido en San Salvador, pero para que el hijo primogénito de la joven pareja naciera en San Miguel, de donde eran originarios los Quirós, se trasladaron a aquella cálida y hermosa ciudad del oriente del país.

Cuando Carmen y Daniel pensaban en el nombre que darían a su primer hijo, estaban de acuerdo en que si era varón se llamaría José Félix como su abuelo, pero

discrepaban cuando pensaban en un nombre para niña. Daniel quería que se llamara Isabel, un hermoso nombre que en hebreo quiere decir “casa de Dios”, pero Carmen deseaba que se llamara Clara, como la santa de Asís, seguidora de San Francisco y fundadora de la Orden de las Clarisas.

El tiempo pasó y pronto llegó el tiempo en el que en cualquier momento Doña Carmen daría a luz al niño o niña que tanto amor esperaban.

En otros tiempos, los inviernos en San Salvador eran muy copiosos. Llovía con gran frecuencia, algunas veces durante varios días seguidos, fenómeno al que la gente llamaba temporales. ¿Recuerdas algún temporal?

En agosto de 1857, cuentan viejas crónicas, que a principios del mes de agosto un fuerte temporal caía todo el territorio nacional.

El 12 de agosto, Carmencita comenzó a sentir los primeros síntomas de que el alumbramiento estaba cercano. Aquel día llovía torrencialmente sobre la ciudad de San Miguel.

A media mañana, en la recámara de los esposos se oyó el tierno llanto de una recién nacida; la primera hija de Don Daniel y Doña Carmen había visto por primera vez la luz de este mundo. Ese día la Iglesia celebra la memoria de Santa Clara

Curiosamente en aquel mismo instante la lluvia cesó y las nubes se abrieron, como un telón, para dar paso al sol, que en todo su esplendor comenzó a brillar sobre San Miguel.

La tiernita era una niña muy linda: su piel blanquísima como la nieve, sus cabellos rizados de color castaño, sus ojos grandes y expresivos, color miel, sus manitas regordetas y llenas de hoyuelos; todo en ella despertaba la ternura de los que la veían.

Doña Carmen estaba feliz y Don Daniel muy orgulloso de ser padre. Dios, el Padre Celestial, también contemplaba complacido a la niña que acababa de nacer.

El 30 de octubre de 1857 la presentaron a la Iglesia para que recibiera el sacramento del bautismo. Cuando el sacerdote ***Don Juan J. Loucel*** preguntó a la Madrina, tía Serafina López, que nombre había elegido para la niña, esta respondió emocionada: **CLARA DEL CARMEN.**

Pocas personas asistieron al bautizo realizado en la Iglesia de Santo Domingo, los grandes ausentes fueron los Quirós, pues Don Félix aun no perdonaba a su hijo el haberse casado con una señorita de condición social inferior a ellos. Don José Félix Quirós, el ilustre ciudadano, nunca quiso conocer a su nieta. El tiempo demostraría que la única aristocracia verdadera es la del espíritu.

La mamá de Clarita se dedicó a cuidar con esmero a la pequeña que el Señor había puesto en su regazo. Don Daniel, en cambio, poco a poco había vuelto al vicio del alcoholismo, que había adquirido mucho antes de su matrimonio, pero que había intentado dejar por amor a su esposa Carmen y a su hija Clarita del Carmen; además, se veía agobiado por numerosas deudas contraídas a causa de su dependencia del alcohol y que no estaba en capacidad de pagar porque no tenía un trabajo estable.

***Carmen y Daniel,
Dos jóvenes esposo,
Con ilusión indecible
Esperan el nacimiento de su hijo,
Su primer hijo,
El fruto bendito de su amor.
El día llegó,
Entre frescas gotitas de lluvia
Y dorados rayitos de sol.
Una niña, como un ángel,
Hace su arribo a este mundo.
Su madre, llena de ternura,
La abraza y la besa,
Su padre sonríe lleno de orgullo
Por esta azucena con que Dios
Bendice el jardín de su hogar.
Es el doce de agosto,
Día de Santa Clara;
La madre, entre sollozos de alegría,
CLARA DEL CARMEN, la llama,
Y el padre, Don Daniel Quirós,
Dice: Clara del Carmen Quirós López
Es su nombre.***

La paz y la armonía del hogar se vio profundamente alterada, porque la ingestión excesiva de alcohol perturbó la mente de Don Daniel, sumiéndola en el más doloroso de los delirios, que precisamente se llama “delirium tremens”.

Doña Carmen era una mujer muy virtuosa, consagrada totalmente al amor de su hogar, pero en la mente desequilibrada de su esposo, surgió la idea fija de que ella le era infiel. Los celos enfermizos se apoderaron del corazón de don Daniel, que cobró un odio feroz hacia su inocente esposa.

El humilde hogar se volvió un verdadero infierno donde los gritos, las recriminaciones, amenazas, lágrimas, peticiones de perdón, promesas de no volver a caer en la bebida, etc., eran el pan nuestro de cada día. La joven doña Carmen no sabía qué hacer y se refugiaba en el amor de su hija Clarita y en la confianza en la misericordia de Dios que apartaría a su esposo de ese vicio. “Siempre hay tribulación en la casa del alcohólico, dijo nuestro pensador Alberto Masferrer” y todos sabemos, de una u otra manera, que eso es cierto.

Mientras tanto el pobre don Daniel se hundía sin remedio en el abismo del alcohol y de la locura.

En los bares de San Miguel decía a todo el que lo quisiera escuchar, que estaba decidido a matar a Carmencita, porque le era infiel con otro hombre, y hasta mostraba la pistola con la que planeaba cometer el horrible crimen.

Cuando llegaba ebrio a casa, a altas horas de la noche, llena de temor su sufrida esposa, se encerraba en su habitación con su hija Clarita, y no abría hasta que su esposo volviera a la calle sediento de más alcohol o se durmiera totalmente alcoholizado.

¿Era esa la felicidad que Daniel Quirós Escolán le prometió ante el altar del Señor el día de su boda?

Una nov, sin embargo, Carmen se descuidó y olvidó poner la aldaba y la tranca a la puerta y, cuando menos lo esperaba, estando ya casi dormida, entra Daniel sigilosamente, armado con un filoso puñal, y, sin mediar palabra alguna, descargó sobre ella un tremendo golpe que

seguramente hubiera sido mortal si ella no se hubiera apartado rápidamente, volteándose hacia la pared.

Aquella podría parecer la última acción de una mente desquiciada, pero el odio de Daniel no tenía límite y su cerebro no dejaba de trabajar en el empeño de dañar, lo más posible, a una mujer cuyo único delito era haberlo amado y creído que su amor era el camino de recuperación para el hombre que amaba.

Clarita del Carmen tenía año y medio, cuando sucedieron los hechos que narraré a continuación:

Don Daniel, aprovechando la ausencia de Carmen y de su hermana Serafina, entró en la casa y, sin que la niñera se diera cuenta, tomó a la pequeña y huyó con ella con rumbo desconocido.

El desconsuelo y la desesperación de todos fue muy grande cuando descubrieron que Clarita no estaba en su cuna y en ninguna otra parte de la casa. Inmediatamente sacaron la conclusión: tiene que haber sido Daniel.

Doña Carmen al darse cuenta del crimen de Daniel, cree volverse loca, ¿qué va a hacer ella sin su hija Clarita? ¿qué va a hacer sin esa niña que es su vida?.

Sin embargo, en medio del dolor, no pierde la calma y acude a pedir ayuda al Senador Presidente de la República, Don Gerardo Barrios, valiéndose de la amistad que tiene con suegro del mismo, Don Joaquín Eufrasio Guzmán.

El Presidente Barrios, conmovido por la historia de Doña Carmen, designa a dos militares de alto rango para que dirijan la operación de búsqueda de la niña, que también es sobrina de Don César López, miembro del Ejército Salvadoreño.

Después de varios días de intensa búsqueda, sin contar casi con pista alguna, la encontraron, pero poco faltó para que la hallaran muerta, según estaba de debilitada y enferma.

En su locura don Daniel, la había entregado a una mala mujer que vivía en un sucio rancho en el fondo de una quebrada en las afueras de la ciudad de Santa Tecla. Dios que amaba mucho a Clarita del Carmen y la había escogida para una misión excepcional, la libró de una muerte segura.

“Dios quiso, escribirá la Madre Genoveva del Buen Pastor, **que desde muy niña Clara del Carmen bebiera del cáliz del sufrimiento.**

Desde este episodio doloroso, Doña Carmen no se encontraba tranquila en San Miguel, a pesar que por seguridad se había trasladado a vivir como huésped a casa de Don Joaquín Eufrasio Guzmán y su esposa.

Por su propia seguridad y, sobre todo la de su hija, Doña Carmen de Quirós tuvo que denunciar ante los tribunales a su esposo Don Daniel Quirós por amenazas a muerte contra ella y el secuestro de su hija Clara del Carmen.

¿Quién lo creyera?

¿Un padre convertido en fiera?

La culpa es del alcohol,

Sólo del alcohol,

Del maldito alcohol

Que enturbia la mente

Y endurece el corazón.

Daniel y Carmen

No son ya un matrimonio,

Son una caricatura del infierno.

Una tarde llega Daniel

Como una fiera embravecida,

Se acerca a la cama dorada,

Donde plácida duerme Clarita,

Como un ángel, como una criatura de ensueño,

Y tomándola, como un ladrón,

Huye con aquel tesoro entre sus brazos.

La noche caía sobre San Miguel,

La maligna luna brillaba en el firmamento.

¿Quién lo creyera?

¿Un padre convertido en fiera?

También se presentó ante el Obispo de San Salvador, Monseñor Tomás Miguel Pineda y Saldaña, para pedirle que, dadas las circunstancias de su desdichado matrimonio, le concediera la separación de su esposo, de techo, lecho y mesa, aunque permaneciendo el vínculo matrimonial que de por sí en la Iglesia Católica es indisoluble.

Algunos meses después, se trasladó a vivir con su madre, y su hermana Serafina, a una casa situada en el Barrio Santa Lucía de San Salvador.

Aun viviendo en San Salvador, lejos de su esposo Daniel, Carmen se angustiaba al pensar que en un arranque de odio y de locura su esposo pudiera intentar de nuevo secuestrar a su hija. Así que, tanto ella como Clarita, vivían como prisioneras en su propia casa, saliendo de ella nada más para lo estrictamente indispensable.

Carmen, que era una mujer muy piadosa y de acendradas convicciones católicas, comenzó a educar a su hija en los valores propios de la vida cristiana, en el conocimiento del

Catecismo, pero, sobre todo, enseñó a su hija algunas oraciones y prácticas de piedad, que Madre Clara María recordó siempre a lo largo de su vida. “***El árbol se conoce por sus frutos***”, dice Jesús.

El 23 de febrero de 1867, cuando Clarita tenía nueve años de edad, fallece su padre a consecuencia de su enfermedad alcohólica. Doña Carmen y Clarita, que se enteraron un poco tarde de la triste noticia, sintieron un profundo dolor y oraron mucho por la salvación del esposo y padre, porque hacía mucho tiempo que le habían perdonado todo el daño que les había causado y se entristecieron aun más al saber que había muerto sin el consuelo de los sacramentos de la Iglesia.

La vida de madre e hija volvió a la normalidad. Clarita fue matriculada en el colegio de la Srita. Agustina Charvain, en donde por su buena conducta, espíritu de servicio, alegría, capacidad de amistad, inteligencia, dedicación al estudio, aseo, etc., pronto se ganó el cariño y la estimación de profesores y compañeras.

Al regresar del colegio ya la esperaba su amorosa madre, Doña Carmen, con un rico plato de frutas, mermelada, pan y refresco.

Clarita iba creciendo en virtudes y en piedad, su inteligencia se desarrollaba y se volvía una muchachita encantadora, que hacía las delicias de su madre, de su abuela, de sus tíos, Serafina y César, y de todas las personas que la conocían y la trataban.

Lupita Rivas Palacios era la mejor amiga de Clarita. También era su vecina en el barrio Santa Lucía y asistía también al colegio de la Niña Agustina.

Como todos los niños y niñas, con sus mejores amigos, en las tardes nostálgicas de lluvia, cuando no podían salir a jugar a la calle, o en los días soleados de vacaciones, cuando soplaban los vientos de octubre y echaban a volar sus coloridos barriletes y sus ilusiones, platicaban sobre lo que serían cuando fueran grandes.

Clarita con gran certeza decía que sería monja, que su tío Samuel Quirós la llevaría hasta Guatemala, al convento de las Madres Ursulinas.

- ¿Guatemala?, decía con admiración Lupita, eso está muy lejos y a mi no me gustaría separarme de mis papás.

Yo quiero ser una gran dama, con lindos vestidos y preciosas joyas; tener una casa grande y bonita, llena de flores, pajaritos y niños. ¡En realidad me gustaría ser princesa!

Cierta vez le preguntaron a Napoleón, Emperador de los franceses, cuál había sido el día más dichoso de su vida. A lo que respondió, sin dudar un instante, que el día más feliz de su vida había sido el de su primera comunión. Ciertamente para la mayoría de los católicos el día más feliz de su vida fue cuando recibió por primera vez en su corazón a Jesús Eucaristía.

Unos meses después de cumplir los diez años, Clarita del Carmen comenzó a prepararse para hacer su primera comunión. Con su tía Serafina todas las tardes se dedicaban a estudiar el Catecismo de la Doctrina Cristiana, sentadas en sendas mecedoras en el jardín de la casa. El texto era el Catecismo de la Doctrina Cristiana del Padre Manuel Subirana, publicado en San Salvador en 1860 y que comenzaba con la célebre frase: ***Todo fiel cristiano debe saber.***

Clarita, que era una niña muy inteligente, pronto llegó a saber de memoria todas las preguntas y respuestas del catecismo. Cuando la tía Serafina la llevó ante el Párroco para que la examinara, Clarita, aunque un poquito nerviosa, no falló una sola pregunta de las que le hiciera el sacerdote, que aprobó a la niña para que hiciera su primera comunión.

Clarita no sólo era una niña inteligente, aplicada a los estudios, humilde, sumamente obediente, sino también muy piadosa. Dios la había dotado de una gran capacidad

espiritual y desde muy pequeña sentía un gusto especial por las cosas de Dios, especialmente por la oración.

Era frecuente verla en el patiecillo de la casa, arrodillada en un rincón hablando en oración con Jesús, con María o con San José.

Así resulta fácil imaginar la ilusión y el entusiasmo que sentiría Clarita del Carmen por hacer su primera comunión y recibir en su inocente corazón al mismo Jesús.

Fue en ese tiempo que comenzó a germinar en su corazón el amor apasionado e intenso a Jesús Eucaristía que la caracterizó toda su vida y que hizo de ella una mujer verdaderamente eucarística, esto es, que vivía por y para la Eucaristía.

En tiempos de Clarita de Carmen, la primera comunión no era tanto un acto de sociedad, en el que lo importante es el traje, los zapatos, la fiesta, los regalos, sino las disposiciones espirituales con que se recibía a Jesús Eucaristía por primera vez.

Clarita se preparó con gran esmero para aquél hermosísimo día.

El primer paso, necesario, era reconciliarse con Dios por medio del sacramento de la penitencia. Desde muy niña Dios había infundido en Clarita un gran horror al pecado; cuando fue mayor algún día dijo que haría cualquier sacrificio con tal de evitar que se cometiera un solo pecado mortal.

Se cuenta que un día la Reina Blanca de Castilla, madre de San Luis IX, Rey de Francia, le dijo: “Hijo, tu sabes cuanto te amo, pero preferiría verte muerto a que cometieras un solo pecado mortal.”

Con cuanto amor se acercaría la pequeña Clara del Carmen al “sacramento de la alegría”, con cuanta humildad, pero, sobre todo, con cuanta inocencia.

El sacerdote quedó muy impresionado de la hondura de aquella confesión y de la pureza de aquella alma escogida.

La mañana del mes de mayo en que Clarita hizo su primera comunión fue muy bella. El sol asomaba por el oriente de San Salvador y disipaba las nieblas de la lluvia de la noche anterior. La mañana alegre rebosaba de frescura.

Clarita estaba muy emocionada, casi tanto como Doña Carmen, su mamá, su corazón de niña lleno de amor ansiaba recibir a Jesús en su corazón.

La ceremonia fue muy sencilla, la sencillez acompañó a Madre Clara María en los momentos más importantes de su vida; Clarita no se perdió ningún detalle de la misma. Al acercarse a recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sentía en el corazón una alegría inmensa, su recogimiento externo era llamativo, dentro de sí repetía con ardiente amor: **SOY DE JESÚS, SOY DE JESÚS.**

Después de comulgar, Clarita del Carmen, se quedó ensimismada en una oración de acción de gracias, que se prolongó por un buen rato.

.

***Quisiera tener
El amor ardiente de un querubín,
La nívea pureza de un lirio,
La radiante inocencia de un niño
Para recibirte en mi corazón, Jesús.***

***Ahora que estás unido al alma mía,
Tierno Pan de Vida,
Déjame pedirte con la mayor humildad:
No permitas que me aparte de Ti,
No dejes que te olvide,
Ni que me seas indiferente;
Tuya mi vida es,
Tuyo mi amor de niña.***

Al llegar a casa la abuela Juanita le había preparado un exquisito desayuno: Churros españoles, chocolate con leche, pan dulce y tamales de gallina.

Clarita, que era una niña muy alegre, disfrutó muchísimo que le habían preparado con gran cariño, abuelita, mamá Carmen, tía Serafina y hasta el tío César, que se encargó de colgar en el patio la piñata que semejaba una estrella con sus cinco puntas.

El día de su primera comunión Clarita del Carmen sintió que había adquirido un mayor compromiso con Jesús y se hizo dos propósitos, a los que nunca faltó a lo largo de su vida:

- Nunca faltar a la misa dominical y en las fiestas de precepto y, si fuera posible, asistir diariamente al Santo Sacrificio del Altar.
- Comulgar con frecuencia, siempre y cuando tuviera el permiso de su padre confesor.

A partir de ese día inolvidable a Clara del Carmen le gustaba mucho hacer oración a los pies de Jesús Sacramentado.

Era tanto el fervor eucarístico de nuestra niña que una noche le ocurrió una cosa curiosa.

Resulta que estando dormida, escuchó las campanas de la Iglesia llamando a la primera misa. Sintiendo que se le hacía tarde, se levantó a toda prisa, se lavó, se vistió y, casi corriendo, se dirigió a la Iglesia.

Al llegar se dio cuenta con sorpresa que la iglesia estaba cerrada y todo sumido en la mayor oscuridad. Creyendo que el sacristán se había distraído o quedado dormido, se sentó en las gradas del atrio para esperar que abrieran el templo; pero pasa el tiempo y la iglesia permanece cerrada. Poco después apareció el sereno, quien le preguntó extrañado:

- Niña Clarita, ¿qué hace aquí a estas horas?
- Esperar a que abran la iglesia para la misa.

El sereno miró su viejo reloj de bolsillo y le dijo:

- Pero, niña, si es la una de la mañana.

Clarita del Carmen volvió a su saca, se acostó de nuevo, pero estaba atenta a que no se le fuera pasar la hora de la primera misa del domingo.

CAPÍTULO II

Casada a los quince años.

Don Félix Alfredo Alvarado Martínez era un apuesto caballero costarricense, que visitaba con frecuencia la casa de Doña Carmen López viuda de Quirós, mamá de Clarita del Carmen.

Se presentaba como profesor de español, matemática, inglés e incluso contabilidad, pero, en realidad, aunque sabía mucho, no tenía un título que lo acreditara como tal. Era un profesor empírico, según se dice bastante competente.

A Doña Carmen le agradaba Alfredo Alvarado para novio de su hija, que tenía entonces catorce años y era una

jovencita muy hermosa, como lo podemos ver en un retrato de esta época.

Clarita del Carmen, sin embargo, no pensaba en noviazgos, ni en casamientos, como lo hacen muchas niñas de su edad, sino en hacerse religiosa en el convento de las Ursulinas de Guatemala, y esta vez no era un juego de niñas, sino una decisión firmemente arraigada en el alma de la angelical adolescente.

Santa Teresita del Niño Jesús, también quería ser religiosa carmelita a los quince años de edad y se cuenta que en un viaje que hizo con sus padres a Roma, en una audiencia que concedió el Papa León XIII a los peregrinos, la jovencita de Lisieux, rompiendo el estricto protocolo papal, se arrodilló ante el Papa para pedirle le concediera el privilegio de ser admitida a los quince años en el Carmelo.

Un día comunicó a su madre su deseo de consagrarse enteramente al Señor. Doña Carmen lo tomó muy mal, porque que Clarita se hiciera religiosa implicaba separarse de ella, quedarse sola y, sobre todo, no tener quien la

cuidara en su ancianidad. En realidad, Doña Carmen, pensaba más en sí misma que en la felicidad de su hija.

Antiguamente era costumbre que los padres influyeran mucho en las decisiones de sus hijos, de manera especial en lo relativo a la elección de estado. Clarita del Carmen, por su parte, era una jovencita inteligente, de buen carácter, que gustaba mucho de la música, piadosa y muy obediente a su madre. Nadie recuerda una sola desobediencia de la hija a la madre, Clara del Carmen la obedecía en todo.

También es cierto que los catorce o quince años era una edad normal en El Salvador del siglo XIX para que una chica se casara. A los veinte años una señorita parecía ya muy mayor para casarse.

En cierta ocasión, Doña Carmen llamó a Clarita, porque tenía algo muy importante que comunicarle.

- Hija, le dijo, yo ya soy mayor y pronto voy a morir, me preocupa mucho que te quedes sola en el mundo.

Tu conoces al profesor Don Alfredo Alvarado, quiere que te cases con él. Será para ti un padre, un hermano, un amigo y un apoyo sólido en tu vida. ¿Qué decides?

- ¡Como usted diga, mamá!, fue la respuesta de la niña.

Doña Carmen abrazó a su hija, diciéndole que la había hecho muy feliz con su respuesta.

Clarita del Carmen se retiró a su habitación, en donde las lágrimas brotaron de sus ojos, porque el casamiento querido por su madre significaba que debía renunciar para siempre a su vocación religiosa. Ella, como Jesucristo, debía aprender sufriendo a obedecer.

Los trámites para el matrimonio se realizaron con rapidez, incluso se solicitó al Obispo de San Salvador, la dispensa de las proclamas matrimoniales, que tienen como finalidad investigar la existencia de un impedimento para que el enlace nupcial se realice. La boda se fijó para el día 17 de

mayo de 1873; el novio tenía 23 años, la novia quince años cumplidos.

La familia de Clara del Carmen se había trasladado temporalmente a vivir en Santa Tecla, por lo que la ceremonia matrimonial se celebró en la Parroquia de La Inmaculada Concepción, tan vinculada a la vida de Madre Clara María de Jesús.

Llegado el momento, el sacerdote, Don Antonio Villecourt, preguntó a Don Alfredo Alvarado:

***- Félix Alfredo, aceptas por esposa a Clara del Carmen
Y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas,
En la salud y la enfermedad,
Todos los días de tu vida.***

-Sí, la acepto, respondió con firme y sonora voz, el Contrayente.

Y luego, dirigiéndose, a la novia, que con su blanco vestido de novia, parecía la imagen viva de la pureza y la inocencia, le preguntó:

***-Clara del Carmen, aceptas como esposo a Félix
Alfredo, y prometes serle fiel
En las alegrías y en las penas,
En la salud y la enfermedad,
Todos los días de tu vida.***

Antes de responder, la novia volvió a ver hacia donde estaba su madre, como buscando en ella un gesto de aprobación.

-Acepto, dijo con suave y dulce voz, la interpelada, al momento que dos lágrimas rodaban de sus ambarinos ojos.

Madre Clara María de Jesús no solía hablar, por pudor, de los años de su vida matrimonial, pero nos hubiera gustado mucho saber sus sentimientos y sus emociones en el día de su boda con Don Alfredo Alvarado: ¿ lo hizo sólo por complacer a su madre, siendo algo así como la víctima de

su propia progenitora? ¿ aceptó esta boda como su propio proyecto de vida, renunciando a su deseo de consagrarse a Dios en la Vida Religiosa? ¿ llegó a amar a Don Alfredo, como una mujer ama a un hombre, con amor de conyugalidad?

Los esposos Alvarado/Quirós fijaron su residencia en Santa Tecla, la Ciudad de las Colinas, e iniciaron el camino de su vida conyugal con el propósito de cumplir con los compromisos adquiridos en la presencia del Señor.

Ambos eran jóvenes y sanos, de modo que pronto comenzaron a llegar los hijos para alegrar el hogar y ser signos de la bendición de Dios.

- María Modesta del Carmen nació el 4 de marzo de 1874.
- El 7 de diciembre de 1877 vino a este mundo Cipriano Alfredo.
- María Francisca de Las Mercedes, nació el 4 de diciembre de 1879.

- Cipriano Doroteo Manuel de Jesús nació el 6 de febrero de 1882.
- María Florencia Gertrudis vino al mundo el 27 de octubre de 1883, y;
- María, nacida entre septiembre y octubre de 1884, muriendo, posiblemente, a las pocas horas de nacer.

Durante los once años que duró la convivencia matrimonial, Doña Clara Quirós de Alvarado fue una esposa modelo de virtudes hogareñas. Los que la conocieron en este tiempo, la definieron como una esposa “sumisa y abnegada”. Su mismo esposo, Don Alfredo, en momentos muy difíciles para su matrimonio, escribió al Obispo de San Salvador, que en once años de matrimonio no había tenido de su esposa ni la menor queja, su conducta había sido en todo irreprochable.

Esto a pesar de los sufrimientos que tuvo que sobrellevar calladamente debido a la mala conducta de su esposo que con frecuencia se encontraba desempleado, que derrochaba fuertes cantidades de dinero en proyectos sin mucho fundamento, como el del famoso Liceo Comercial,

que no aportaba lo necesario para el sostenimiento del hogar y vivía casi exclusivamente para sí mismo, sin que contaran demasiado su esposa y sus hijos; quizás también había que sospechar un poco de infidelidades conyugales, ya que gran parte de su tiempo lo pasaba en San Salvador, alejado del calor de su hogar que estaba en Santa Tecla.

En realidad, Doña Clara del Carmen no fue muy feliz en su matrimonio, porque Don Alfredo no fue el hombre que creyó Doña Carmen de Quirós, cuando decidió un poco a la ligera que su hija se casara con él.

Sor Isabel de San José, Segunda Superiora General de las Carmelitas de San José, escribe en sus recuerdos sobre Madre Clara María que “ ***su matrimonio fue un martirio, como el de Santa Rita de Cascia***”.

Como madre también fue una mujer ejemplar, dedicada por completo a la crianza y educación de sus hijos y a la atención de los asuntos domésticos.

Ya por esos años Doña Clara de Alvarado gozaba de fama de ser una mujer muy espiritual, que gustaba mucho de participar en las actividades de la vida parroquial.

Cuenta Madre Genoveva del Buen Pastor que una vez concluidas las actividades cotidianas, se recogía en su habitación para orar y leer a los grandes maestros de la espiritualidad cristiana, sobre todo a San Agustín, la Madre Santa Teresa de Jesús y el Místico Doctor San Juan de la Cruz.

Carmencita y Alfredo, los hijos mayores, hicieron sus primeros estudios en el pequeño colegio que las Señoritas Campos tenían en Santa Tecla.

Cuando su hija mayor creció un poco, fue matriculada en el Colegio del Espíritu Santa, en donde recibió de las Señoritas Laura Soto Hall y Refugio Morán, una esmerada formación intelectual y espiritual.

Cipriano Alfredo fue inscrito en el Liceo Salvadoreño, en donde destacó por su precocidad intelectual y su talento

oratorio. Del Liceo Salvadoreño pasó al Seminario Menor, en donde continuó sus estudios secundarios sin llegar a concluirlos, pues abandonó la Institución en 1884. En algunos documentos públicos se presenta como Tenedor de Libros, es decir, como auxiliar de contabilidad.

Cipriano Manuel de Jesús, también estudió en el Liceo Salvadoreño, pero pronto abandonó los estudios. Su madre, preocupada por su excesiva afición a las bebidas alcohólicas, lo inscribió en el colegio salesiano Santa Cecilia para que estudiara mecánica. Posteriormente emigró a los Estados Unidos en donde vivió largos años.

Tulita, como llamaban a Florencia Gertrudis, estudió en el Colegio del Sagrado Corazón, fundado por la Madre Berta Curzón, en donde se graduó como bachiller.

Mercedes y María murieron en la tierna infancia. La primera a los cuatro años y la segunda al nacer. La muerte de las dos pequeñas, con una diferencia de meses, produjo una gran herida en el corazón de la madre, hecho que la llevó a refugiarse en el amor de la Virgen María en su

advocación de Virgen de los Dolores, devoción que recuerda el dolor inmenso de la Virgen María ante la muerte de su divino Hijo.

Doña Clara del Carmen fue miembro muy activo de la Hermandad de Nuestra Señora de Los Dolores, de la que por algunos años fue Tesorera, mereciendo su labor como tal el elogio del Señor Obispo, Monseñor Antonio Adolfo Pérez y Aguilar.

***Poema de Madre Clarita
A su pequeña María***

***Un ángel sobre una cuna,
Inclinándose risueño,
Mirar parece su imagen
Como en un límpido arroyuelo,
“Niño que a mí te asemejas,
murmura con blando acento;
ven y seremos felices,
no es digno de ti este suelo.”***

Su pertenencia a la Hermandad aumentó el amor y la veneración que sentía por la Madre de Dios, y sanó las heridas que los acontecimientos recientes le habían ocasionado. ***“Quiero llorar, pero llorar contigo”*** escribió en su poema dedicado a la Virgen María en sus dolores.

El 5 de julio de 1883 moría, en San Miguel, el acaudalado e ilustre abuelo de Doña Clara, Don José Félix Quirós Sánchez y, aunque no tenemos noticia que llegara a conocer a su nieta, hija de su primogénito José Daniel, la recordó en su testamento como un acto de estricta justicia, heredándole una considerable cantidad de dinero en efectivo, créditos y acciones, en la parte que correspondería a su padre Don Daniel Quirós.

Doña Clara Quirós aceptó la herencia de su abuelo, que en justicia le correspondía, con el propósito de que sirviera para la educación de sus hijos. La idea era muy noble, además de justa, lo que había heredado de su abuelo, que se transmitiera a sus hijos.

Don Alfredo, sin embargo, pensaba de distinta manera; su prodigalidad, comenzó a construir castillos en el aire con la herencia paterna de su esposa.

Debido a ello, Doña Clara del Carmen solicitó ante un juez, primero, que se le concediera a ella la administración de sus propios bienes (según las leyes de la época el esposo era el administrador de los bienes de su esposa); y, luego, pidió la separación de bienes, debido a la gran cantidad de deudas que tenía su esposo, que lo incapacitaban para la administración de bienes ajenos. En estricta justicia, Doña Clara sólo defendía el patrimonio de sus hijos que se veía en peligro de perderse si el administrador era Don Alfredo Alvarado.

A este le pareció insoportable y humillante la decisión de su esposa y, a finales de febrero de 1884, abandonó el domicilio conyugal para siempre.

La bajeza moral de este hombre quedó de manifiesto en que mientras ante las autoridades eclesiásticas simulaba ser el esposo y padre perfecto, dejaba que sus hijitas María

y Mercedes murieran sin recibir de su parte un último beso o una postrera bendición; y, además, se ocupaba en escribir anónimos y libelos infamantes en contra de su esposa y de su director espiritual el honorable sacerdote Don Félix María Sandoval Monroy, y de calumniar a Doña Clara ante todo el que quisiera escuchar sus infamias.

En esta difícil y dolorosa situación, Doña Clara del Carmen, se mantuvo firme, haciendo de la oración su fortaleza, sabiendo que Dios es el Defensor del inocente.

Las maledicencias de Alfredo Alvarado, lo único que hicieron fue que a los ojos de los demás, conocidos y ajenos, creciera el aprecio de las virtudes humanas y cristianas de la matrona dignísima.

Alfredo, por el contrario, tuvo que poner pies en polvorosa porque la indignación del pueblo tecleño había llegado a límites peligrosos y la persecución de sus acreedores, que eran muchos, le amenazaba con la cárcel si no cubría los créditos que imprudentemente había adquirido. A mediados de 1885, lo encontramos en Guatemala en

donde nuevamente ha fundado una escuela de negocios y contabilidad.

El abandono de Alfredo, Doña Clara lo recibió con mucha paz, ahora, como tantas madres salvadoreñas, era padre y madre de sus cuatro hijos, no podía ni debía acobardarse, Dios sería su fuerza y sola sacaría adelante a sus hijos. Carmencita, la mayor, estaba por cumplir diez años, Alfredo, tenía seis años, Cipriano dos y Gertrudis, apenas unos meses de nacida y, por si no fuera poco, Doña Clara se encontraba embarazada de la que sería su hija María, lo que pone en claro que la Sierva de Dios cumplió con sus deberes conyugales hasta el último momento.

El Profesor Alvarado de Guatemala tuvo que viajar a Nicaragua y de Nicaragua a Costa Rica, a la ciudad de Puerto Limón, en la Costa Atlántica, donde murió de un ataque cardíaco el 15 de octubre de 1905.

Madre Clara María no solía hablar nunca de Don Alfredo Alvarado, pero sí rezaba mucho por el eterno descanso de su alma. Quiero encontrarme en el cielo con Alfredo,

pensaba, por eso debo orar mucho para que el Señor haya tenido misericordia de él.

La pobreza puede llamar a la puerta de la casa de la mujer trabajadora, pero no se atreve a entrar. Al verse sin el apoyo de su esposo, más nominal que real, Doña Clara del Carmen se entregó con más empeño al trabajo honrado, de modo que nada les faltara a sus pequeños hijos.

Sobre todo, le preocupaba a la sacrificada madre, la formación espiritual de sus hijos y la práctica de las virtudes humanas y sociales que hacen que una persona sea apreciada en la comunidad.

En una carta escrita a su nieto Víctor Manuel Gallardo, en el año 1913, le decía al adolescente que estudiaba en los Estados Unidos: “**No es suficiente que seas bueno, Dios te quiere santo.**” Doña Clara hubiera querido que todos sus hijos fueran santos, porque eso era a lo que ella misma aspiraba.

Imaginemos a Madre Clarita enseñando a cada uno de sus hijos, las primeras oraciones, rezando con ellos la plegaria de la mañana y de la noche, preparándolos diligentemente para la primera comunión y aconsejándolos con gran prudencia sobre las decisiones que debían tomar y advirtiéndoles sobre los peligros del mundo y de las malas amistades.

Doña Clara, sobre todo, educaba a sus hijos con el ejemplo de sus extraordinarias virtudes, que ellos trataban de emular.

San Pablo, dice, que la mujer casada, ha de buscar contentar y agradar a su marido, en tanto que la soltera ha de buscar agradar sólo a Dios, sin grandes preocupaciones mundanas.

Cuando fue abandonada por Don Alfredo, Doña Clara sintió que ya no debía preocuparse más por complacer a su esposo, a partir de ese momento quería vivir sólo para Dios y para sus hijos. Dios y su familia fueron los polos que en adelante centraron totalmente la vida de Clara Quirós.

Una persona que la conoció por ésta época, dijo Doña Clara del Carmen era una señora muy allegada a la Iglesia y que contaba con la confianza de los sacerdotes, quienes en su ausencia, le encomendaban habitualmente el rezo del Santo Rosario o el ejercicio del Santo Vía Crucis con la gente, sobre todo las señoras y señoritas devotas.

Desde los tiempos de casada, la Señora Clara era miembro de algunas asociaciones de fieles existentes en la Parroquia de la Inmaculada Concepción.

Como hemos visto, durante algunos años fue tesorera de la Hermandad de Nuestra Señora de Los Dolores; también fue por largo tiempo miembro y secretaria de la Guardia de Honor del Santísimo Sacramento. Su pertenencia a esta última asociación, que tiene como finalidad el culto de adoración a Jesús presente en el Santísimo Sacramento del Altar, hizo crecer en Doña Clara del Carmen el amor y la devoción a Jesús Eucaristía, puesto que ella fue en realidad una “mujer eucarística”. ***“Lo mejor para Jesús fue el lema de su vida”.***

Sin embargo, es en la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen, a la que pertenece desde el 16 de julio de 1879, donde Doña Clarita logra centrar toda vida espiritual. La Cofradía fue para ella es escuela de santidad.

La imitación de Cristo, el amor y la protección de la Virgen María, bajo la advocación del Monte Carmelo, a quien se venera como la Madre, Señora y Hermana en el seguimiento de Cristo, una especial dedicación a la oración contemplativa, sin olvidar por ello la necesidad de la evangelización, constituyen los elementos esenciales de los que podríamos llamar la Espiritualidad del Carmelo.

Doña Clara del Carmen, entusiasmada con las promesas de la Virgen del Carmen para los que porten el pequeño hábito que es el Escapulario, quiere que toda su familia participe de ellas. Así inscribe en la Hermandad a su esposo Don Alfredo Alvarado y a sus pequeños hijos Carmen y Alfredo. Más tarde hará lo mismo con Cipriano y Gertrudis. Mamá Clarita busca ante todo la salvación de su

familia y para ello los consagra a su Madre la Santísima Virgen del Carmen.

Su compromiso con la Hermandad del Carmen no se reduce a fungir como secretaria de la misma o a buscar nuevos miembros para la misma y cumplir con las obligaciones que señalaba la Regla para la Orden Tercera de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Doña Clarita quiere, está decidida a ser radical en su llamado divino a vivir como Terciaria Carmelita porque se siente una carmelita de corazón.

Cuando doña Clara se incorporó a la Hermandad de Terciarias Carmelitas, la venerable asociación pasaba por momentos difíciles. Muchas socias han recibido el Escapulario o el santo Hábito del Carmen pero no cumplen con sus obligaciones, ni asisten a las reuniones; y por si fuera poco están divididas, lo que significa que no se dejan guiar por el Espíritu Santo, y se comenten muchas faltas en contra de la caridad sobre todo con la crítica y la murmuración.

La situación llegó a ser tan grave, que un día, el Párroco Don José María López Peña, les plantea la disyuntiva: la que quiera renunciar a vestir el hábito del Carmen puede hacerlo, pero la que se decida a permanecer ha reformar necesariamente su vida y vivir como exige su condición de Carmelita. “**Gracias a Dios**, escribe Doña Clarita, **nadie fue capaz de abandonar a nuestra buena Madre Santísima.**”

En Doña Clara Quirós cada vez era más profundo el deseo de ser toda para Dios y la Santísima Virgen María. El 23 de julio de 1887 recibe el hábito del Carmen e inicia el período de prueba llamado Noviciado, bajo la dirección de la Maestra de Novicias de la Orden Tercera y el Director Espiritual de la misma.

La formación que recibe es eminentemente espiritual, de modo especial, centrada en la enseñanza de la oración de contemplación. La Novicia es aventajada y avanza rápidamente en el camino de la perfección.

El 6 de julio de 1888 se consagra a Dios por medio de los votos de castidad y obediencia, así mismo se compromete a defender con su vida el Dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María.

Así ella queda consagrada a Jesús, al amor de la Virgen María y al servicio de los más pobres entre los pobres.

Acaso uno de los aspectos más interesantes de la vida de Madre Clarita, en esta etapa de su vida, sea su entrega generosa y desinteresada hasta el sacrificio a favor de los pobres y, en general, de todos los que sufrían.

Todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones como madre de familia y secretaria de la Hermandad del Carmen, lo empleaba santamente en visitar y consolar a los enfermos, a los matrimonios en dificultades y a los pobres vergonzantes.

Testigos hay que afirman que permanecía junto al lecho de los moribundos hasta que entregaban su alma a Dios y luego se ocupaba en el humilde servicio de amortajarlos

para la sepultura; que no tenía reparo en atender a los enfermos aquejados de enfermedades contagiosas, sin importarle la posibilidad de contagiarse.

Solía visitar a las familias más pobres en sus humildes viviendas, ubicadas en los alrededores de la ciudad, para llevarles alimentos y hablarles del amor misericordioso de Dios. Para ellos, Doña Clara, era una verdadera madre y una sonrisa de Dios.

Le preocupaban mucho los matrimonios en dificultades, y procuraba ayudarles desde su propia experiencia. Se cuenta que había una pobre señora cuyo marido al emborracharse la agredía físicamente, dejándola en ocasiones bastante mal. Esta buena mujer, que se llamaba Julia Rosales, cada vez que el marido la agredía iba a buscar refugio junto a Madre Clarita, ésta le curaba los moretones del cuerpo y del alma y cuando el marido dejaba la borrachera, llegaba a Belén a pedir perdón y a llevar consigo a su mujer.

Con las mujeres abandonadas su caridad se volcaba y su afecto, porque ella había vivido en carne propia la experiencia del abandono. Nunca le faltaba para ellas una exhortación a confiar en la Providencia Divina y una ayuda para solventar las más urgentes necesidades.

En la vida de Madre Clara, todo se fundamenta sobre su oración contemplativa, que le ofrece la experiencia de Dios que necesita para entender y orientar su vida. Ya en estos años, Doña Clara del Carmen era una orante excepcional.

En la oración y en los acontecimientos, Dios iba guiando a Doña Clara de Alvarado a una entrega total y definitiva a la causa del Reino de Dios. Ella, como cuando era una adolescente y aun en los años de su matrimonio, seguía suspirando por una vida de apartamiento del mundo que le permitiera ser sólo para Dios.

CAPÍTULO III.

Descubriendo horizontes Nuevos.

En 1903 en un pequeño Boletín titulado “El Carmelo”, publicado por el P. López Peña, aparecía la primera noticia que tenemos del proyecto de edificar una pequeña casa junto a la Iglesia del Carmen, para iniciar en ella el proyecto de una Comunidad de Terciarias Carmelitas. El alma de aquel sueño era Doña Clara Quirós.

Algunos problemas con la Curia Arzobispal hicieron que el inicio de la construcción de la casa se retrasara temporalmente.

Mientras tanto, los hijos de doña Clara del Carmen iban eligiendo estado de vida y abandonando el hogar materno. En 1893, Carmen, la mayor, contrae matrimonio con don Recaredo Gallardo Velásquez, caballero acaudalado y de elevado nivel social; en 1903, Alfredo, el hijo segundo, que hacía cinco años se había domiciliado en San Salvador por razones de trabajo, se casa con la señorita Lucía Ríos, originaria de Suchitoto; y, en 1907, Tulita, la más pequeña, se casa con el distinguido galeno Dr. Godofredo Arrieta Rossi. Cipriano Doroteo Manuel de Jesús, debido a su alcoholismo, permaneció soltero hasta su muerte.

El 15 de octubre de 1905, fallecía en Puerto Limón, el Profesor Félix Alfredo Alvarado, esposo de Doña Clarita del Carmen. De esta manera ella cumplía con la misión de criar y educar a sus hijos y había permanecido fiel a su esposo, el que la abandonó, hasta el día de su muerte.

Doña Clara viuda de Alvarado sintió entonces, más fuertemente el deseo de consagrarse totalmente al Señor. Años después, cuando era ya la fundadora de las

Carmelitas de San José, recordando estos años, diría: “Qué tarde te amé, Señor.”

A finales de 1907, vuelve a surgir la idea de una Comunidad de carmelitas seculares; nuevamente doña Clara Quirós y el padre López Peña se ven involucrados en el proyecto.

Con grandes esfuerzos, y con algunas contrariedades que nuevamente provenían de la Curia Arzobispal, celosa de su autoridad canónica, las Terciarias Carmelitas van edificando la casa junto a la Iglesia del Carmen. Doña Clara es el motor de la empresa, pues arde en deseos de vivir sólo para Dios.

En 1911, es elegida como Priora de la Hermandad, y la casita que se ha ido construyendo casi ladrillo a ladrillo, comienza a edificarse con mayor rapidez.

Poco a poco, Doña Clara se ha ido convirtiendo en una persona muy comprometida con la Iglesia y notable por sus virtudes y espíritu cristiano. ¿Una santa salvadoreña?.

La preocupación por su crecimiento espiritual hacía que con frecuencia se retirara de sus ocupaciones habituales para buscar la soledad, el silencio y un encuentro más profundo con Dios. Año con año, con el permiso de su Director Espiritual, practica sus ejercicios espirituales.

De ellos salía siempre fortalecida para continuar sirviendo a Dios en sus hermanos los seres humanos.

Esto la llevó a que, a partir de 1887 se hiciera cargo de algunos aspectos administrativos de los ejercicios espirituales que cada año realizaba el clero de la Diócesis. Finalmente se le encomendó toda la administración de los mismos.

Este gesto humilde de Doña Clara, ponía de manifiesto el aprecio y la veneración en que tenía a los sacerdotes en quienes, de manera especial, solía ver a Cristo, como le veía también en los pobres.

Este servicio a los sacerdotes, era tan especial a los ojos del pueblo, que se decía que Doña Clara era la directora de los ejercicios espirituales.

Su cariño también se extendía a los jóvenes que se encontraban formando para ser sacerdotes. Ella comprendía claramente que de las vocaciones sacerdotales depende en gran medida el futuro de la Iglesia. Como si de sus propios hijos se tratara, Doña Clara, se preocupaba porque a los seminaristas no les faltara nada necesario, especialmente a aquellos que provenían de familias pobres. Para los jóvenes seminaristas, Doña Clara Quirós era como una segunda madre y, de hecho, solían llamarla MAMÁ CLARA.

A mediados del año 1914, después de vencer muchos obstáculos y de incontables sacrificios, quedó concluida la casita junto a la Iglesia del Carmen. Al mismo tiempo Europa ardía en los inicios de la Primera Guerra Mundial.

La casa fue amueblada con gran modestia, como convenía a quienes por su libre voluntad se reunían para vivir como

lo había hecho Jesús; la comunidad se instaló en ella para iniciar el proyecto, que a muchos les parecía descabellado, de vida fraterna en común. Todas eran mujeres de avanzada edad, la animadora, Doña Clara Quirós, tenía 57 años de edad.

En aquella casita de Nuestra Señora del Carmen, baja y estrecha, lo único que se pretendía era amar a Dios por encima de todas las cosas y al prójimo como ellas mismas, como lo manda la Regla de Oro del Evangelio.

Juntas comenzaron a organizar la vida común y el servicio a los pobres y a los enfermos. Había mucho rigor en los orígenes de la Congregación de Carmelitas de San José.

Los meses pasaban y aquella humilde comunidad de Terciarias edificaba a Santa Tecla con el ejemplo de sus virtudes; entre ellas destacaba Doña Clara Quirós, a quien el pueblo tenía por una mujer verdaderamente santa.

¿Qué pensaba entonces, Doña Clara, de la comunidad de Terciarias? ¿Qué idea las movía cuando decidieron reunirse a la sombra de la Iglesia del Carmen?

Alguna vez dijo, que ella lo único que quería era que las carmelas vivieran juntas haciendo el bien hasta que el Señor decidiera llamarlas. ¡Dios le iba a abrir horizontes hasta entonces insospechados!

Desde hacía varios años el Arzobispo de San Salvador, Monseñor Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, deseaba que los Padres Jesuitas vinieran a El Salvador para que se encargaran de la formación espiritual e intelectual de los jóvenes seminaristas y a la educación de los jóvenes de clase alta.

Este deseo del Sr. Arzobispo se hizo realidad por el huracán de la Revolución Mexicana (1910) que expulsó a todos los sacerdotes extranjeros del suelo Azteca. Entre los expulsados se encontraban los Padre Jesuitas quienes, por azares del destino, vinieron a recalar en El Salvador. (1913)

Un poco por congraciarse con ellos, aunque el mismo Párroco del Carmen, el P. José María López Peña, había pedido dos sacerdotes jesuitas para que le ayudaran en la pastoral parroquial, el viejo Arzobispo de San Salvador, les entregó el Seminario Diocesano, la Capellanía de la Iglesia de San José, en el centro de San Salvador, y la Iglesia del Carmen en Santa Tecla. En el contrato firmado por el Sr. Arzobispo y el Padre Provincial de los Jesuitas de México, se afirmaba que las Terciarias Carmelitas no tenían ninguna injerencia en la administración de la Iglesia, junto a la cual vivían.

A principios de febrero de 1915, el Arzobispo mandó a llamar a la Hermana Clara del Carmen Quirós para que se presentara en su despacho en el Palacio Arzobispal de San Salvador. En realidad Monseñor Pérez y Aguilar, apreciaba mucho a Doña Clara del Carmen y reconocía el temple de sus virtudes cristianas y, sobre todo, la calidad extraordinaria de su obediencia.

- Hermana Clara, le dijo con toda la delicadeza de que era capaz, me da su casita para los Padres Jesuitas.

Tras unos instantes de silencio, acaso de vacilación, la pregunta era totalmente inesperada, surgió el alma generosa y grande de la Sierva de Dios:

- Ilustrísima, para Dios mi casa, mi corazón y mi vida.

El absoluto desprendimiento de una casa que tanto les había costado a las Terciarias Carmelitas, desconcertó al Arzobispo y le hizo pensar en recompensar de alguna forma a aquellas piadosas mujeres.

Pocos días después, el mismo Monseñor Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, se presentó a la casita junto a la iglesia del Carmen.

- Hermana Clara, le dijo, deseo que usted y su comunidad de Terciarias Carmelitas acepten el Convento de Belén para continuar llevando adelante su proyecto de vida fraterna en común, bajo el

patrocinio de la Virgen del Carmen y de San Elías, Profeta.

El convento de Belén había sido habitado, hasta entonces, por las niñas del hospicio de la señorita Pilar Velásquez, a la que había sucedido, tras su muerte, la señorita Joaquina Sandoval, hasta que fue trasladado al actual Hogar de Niños Guirola. (1915)

En un temblor fuerte, a principios de 1915, el edificio había sido seriamente dañado, de modo que lo que el Arzobispo ofrecía a la pequeña comunidad no era un lugar de reposo sino de trabajo. Belén debía ser reconstruido.

La idea de trasladarse al destartalado convento, construido por Dos León Castillo en 1863, no agradó a las compañeras de Doña Clara, que decidieron volver a sus familias. Ella se quedó sola con su proyecto de comunidad de Terciarias Carmelitas.

Tras esos acontecimientos, ella se preguntaría con frecuencia ¿Cuál era la voluntad de Dios?.

Después de mucho orar y consultar a sus directores espirituales, el P. José María López Peña y el P. José Encarnación Argueta, llegó a la convicción de que la voluntad de Dios era que fuera a Belén. Allí se le indicaría lo que debía de hacer.

El 19 de febrero de 1915, con el equipaje estrictamente necesario, Doña Clara Quirós, se trasladó al convento de Belén para iniciar una nueva etapa en su vida, la mejor y la definitiva.

Guiada por la fe va a Belén, pero en realidad no tiene claro cual es su misión; es cierto que el Arzobispo le ha encomendado el cuidado de algunas niñas, las mejorcitas, que permanecieron en el Hospicio de Belén.

Las razones de Monseñor Pérez y Aguilar eran claras, había que darle a Belén alguna proyección social, porque el Gobierno lo quería expropiar para convertirlo en cuartel.

Sabiendo que aquello es la voluntad de Dios se entrega a ella con alegría. En Belén hay muchas cosas que hacer: reparar lo que el temblor ha dañado, dedicarse a educar a las niñas que el Arzobispo le ha encomendado y durante el tiempo libre, entregarse de lleno a la oración contemplativa y al estudio reposado de los grandes maestros de la espiritualidad cristiana.

1915 fue un año de mucho crecimiento espiritual para la Hermana Clara Quirós, porque fue un año de gran recogimiento, soledad y silencio. Durante este tiempo escribió el REGLAMENTO para sus carmelitas, que es un compendio de normas ascéticas, de convivencia, litúrgicas y hasta de urbanidad. Junto a este texto también escribió las REGLITAS que son puntos de conducta para sus hermanas de comunidad.

El ejemplo de esta dama que abandonó el mundo para entregarse a Dios y servir a los hermanos más pobres, suscitó en Santa Tecla un pequeño de mujeres que querían vivir como ella.

Fuera de la recreación, las hermanas guardarán un estricto silencio, el que no podrán interrumpir si no es con mucha necesidad, y en cuanto el empleo o cargo de cada una lo pida, y esto con la mayor moderación posible... y poder así conversar en el silencio del alma con aquel Señor que dijo: “Yo la llevaré a la soledad y allí le hablaré al corazón”. Y porque el alma bulliciosa siempre andará turbada y no podrá en ningún modo percibir los suaves y amorosos silvos del Amado Pastor que puesta sobre los hombros la sacó del bullicio del mundo, trayéndola a su casa, donde quiere y exige que cada esposa suya sea como un huerto cerrado, un precioso jardín y un ameno paraíso donde poder recrearse y descansar con ella; se pondrá mucho esmero en este tan saludable ejercicio de la virtud del silencio.

El alma silenciosa tiene su conversación en los cielos con los ángeles y los santos, convirtiendo de modo prodigioso todas las faenas del día, y aun el descanso de la noche en una muy alta, subida y constante oración. ¿Qué mayores bienes podemos pedir a tan preciosa y peregrina virtud? ¡Oh silencio, divino silencio!... tú también nos enseñas a hablar con las criaturas el lenguaje de los ángeles, cuando la necesidad y la caridad del prójimo, nos pide nuestra comunicación.

**Madre Clara María de Jesús.
Reglamento 1915, 7º.**

La primera en ingresar fue la señorita Dorotea Villeda; luego vinieron las señoritas Timotea Orantes, Joaquina Sandoval y, posteriormente, se les unieron Dolores Najarro, Juliana Hernández y la viuda Mercedes de Rivera. La menor de ellas tenía 42 años y la mayor 66, se trataba, pues, de un grupo de mujeres avanzadas en edad.

La vida transcurría plácida en la pequeña comunidad de Terciarias Carmelitas, dedicadas al trabajo y la oración.

Sin embargo, a los pocos meses, Dorotea Villeda es la primera en abandonar Belén. Años después, Madre Clarita, tendría ésta expresión: “No todas saben gustar las dulzuras del claustro.”

Tanto en el trabajo, como en la oración y la recreación, la Hermana Clara del Carmen es el alma de aquella pequeña comunidad. Para las niñas a su cuidado, era una verdadera madre, tal como lo afirman, dos personas que llegaron a Belén siendo niñas: Leonarda y Sofía Uceda.

El arzobispo Pérez y Aguilar, que seguía con interés el desarrollo de los acontecimientos de Belén, elaboró unos ESTATUTOS para la comunidad de Terciarias Carmelitas, con el fin de darles una configuración jurídica.

El 7 de octubre de 1916, somete dichos Estatutos a la aprobación del Cabildo que les dio el visto bueno. La inauguración oficial de la Comunidad de Terciarias Carmelitas quedó fijada para el día 14 de octubre.

Eran cuatro las hermanas que iniciarían la experiencia de vida en común, junto a Madre Clara Quirós: Timotea Orantes, Joaquina Sandoval, Dolores Najarro, Mercedes Peraza v. de Rivera. Para el importantísimo acontecimiento se prepararon con un fervoroso retiro predicado por el P. José Encarnación Argueta.

El 14 de octubre de 1916, temprano en la mañana, se presentó el Ilustrísimo Monseñor Pérez y Aguilar, con su canónigo secretario, Monseñor Roque Orellana, y el P. Argueta. El P. López Peña, aunque había sido designado como Director Espiritual de la comunidad, no pudo asistir.

Se reunieron en una pequeña sala del humilde convento, ya las hermanas vestían el hábito del Carmen, muy semejante al de las Carmelitas Descalzas. Todas rebozaban alegría por haber abandonado el mundo para consagrarse enteramente al amor de Dios y del prójimo, especialmente de las niñas pobres que se hayaban en peligro de corrupción moral.

El Arzobispo les dirigió una alocución en la que les exhortaba a ser fieles a la vocación que habían recibido del Señor. Seguidamente se procedió a la elección de las autoridades de la comunidad.

Como Priora resultó elegida la Hermana Clara, como Subpriora, Maestra de Novicias y Sacristana, la Hermana Joaquina Sandoval y como Ecónoma resultó elegida Dolores Najarro.

Timotea Orantes y Mercedes Peraza, permanecieron en calidad de Novicias, con la promesa de profesar a la brevedad posible.

Entre los asistentes a aquel emotivo acto estaban los hijos y nietos de Madre Clara.

En la intimidad de su celda, Madre Clarita escribió esa noche su poema “El Báculo”.

Pasada una semana el P. José Encarnación Argueta llegó a Belén para celebrar la Eucaristía y realizar la ceremonia de cambio de nombre, es decir, escoger un nombre nuevo como señal del abandono del mundo con sus vanidades.

La Hermana Clara del Carmen escogió el nombre de CLARA MARÍA DE JESÚS. Joaquina Sandoval escogió llamarse Sor María Joaquina de la Pasión; Dolores Najarro se llamaría en adelante Sor María Dolores de Jesús y Timotea Orantes Sor Teresa de Jesús. Doña Mercedes Peraza viuda de Rivera eligió ser llamada de Sor María de las Mercedes.

Todas llevarían el apelativo de Sor, excepto la Priora que sería Madre Clara María de Jesús.

*Por báculo, mi cruz
Llevaré por las sendas,
Do me lleva Jesús
Y me viste amoroso
Por sandalias mis reglas
Y mis votos sagrados
Por collares de perlas
Que nos dejan ligados
Con el amado esposo
¡oh! ¡qué dulces cadenas!*

*¡Oh!, ¡Mi amada cruz!
¡eres tú mi altar!
¡Oh, sagradas reglas!,
¡Mi faro y mi luz!
¡oh, sagrados votos!
Venidme a estrechar,
Con triples cadenas,
A mi Jesús más.*

*Venid, Reyes de Oriente,
Venid, a presenciar...
El amoroso júbilo
Que mi alma siente ya.
¡Soy toda de Jesús!
A otro no puedo amar
Es mi lecho la cruz
¡Quiero en ella expirar!...*

CAPÍTULO IV

Soy toda de Jesús.

El acto realizado por el Señor Arzobispo no dejó de tener consecuencias para la naciente comunidad de Carmelitas de San José. Parece ser que Monseñor Pérez y Aguilar estaba convencido de que la Comunidad de Belén era sólo un grupo de Carmelitas seculares que querían llevar una vida en común, sin que esto les concediera la condición de religiosas. Esta era una modalidad aceptada en las Reglas de la Tercera Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo.

Dos hechos parecen avalar esta opinión: el primero, que Monseñor aceptara como válidos los votos que Madre Clara, Sor Joaquina de la Pasión y Sor María Dolores de Jesús habían emitido en la Tercera Orden, siendo que éstos eran sólo el de obediencia y el de castidad, faltando el de pobreza que es esencial a la definición de vida

religiosa, y; el segundo, en los Estatutos en los que perfila jurídicamente la comunidad nunca se habla de vida religiosa.

En Madre Clara misma, no parece que estuviera claro que quisiera, en este momento, fundar una congregación religiosa. Su idea era más bien lo que se solía llamar un beaterio, es decir, un grupo de mujeres que aspiran a la santidad y que para lograrlo se apartan del mundo, llevando vida en común, como si de religiosas se tratara, pero sin los vínculos teologales y jurídicos de las mismas.

Las cosas cambiarán y se complicarán, cuando la Santa Fundadora reciba la inspiración de fundar un Instituto Religioso. A este hecho se deben las dificultades que posteriormente encontró Madre Clara María para lograr la aprobación de su Instituto.

Una noche hermosa, tachonada de estrellas, de esas del mes de noviembre, Madre Clarita soñó que se hallaba en un inmenso campo, en medio del cual había un árbol frondoso y, cerca de él, un paral del que pendía una

campana, Junto a la campana estaba Santa Teresa de Jesús, ¿o sería la Santísima Virgen del Carmen?, quien le dijo a Madre Clara María que tocara la campana; así lo hizo y al instante comenzaron a sobrevolar el campo avecillas de todas las especies y colores, y de los más hermosos trinos, que se posaban sobre la hierba. Entre todas aquellas delicadas avecillas, había un cuervo.

Al despertar, Madre Clara, comprendió que Dios quería que fundara una Congregación Religiosa, que se dedicara al cuidado de los niños más pobres, y a la promoción de la dignidad de la mujer marginada.

Esa tarde, delante del Santísimo Sacramento, se convenció que no se trataba de una ilusión, sino que tal era la voluntad de Dios.

Al interior de la pequeña comunidad de Belén, la decisión de Madre Clara creó algunas tensiones que llevaron a que Sor María de las Mercedes y Sor María Dolores de Jesús, abandonaran el naciente Instituto. La primera debido a su enfermedad del corazón que le dificultaban seguir el ritmo

de la comunidad y, la segunda, por sus dificultades de adaptarse a la convivencia con las hermanas más jóvenes.

Las vocaciones jóvenes comenzaron a llegar, motivadas por las virtudes y el testimonio de la Fundadora y sus primeras compañeras, a quienes Sor Genoveva del Buen Pastor califica de “maestras en las virtudes”.

Entre aquellas primeras vocaciones, hubo religiosas connotadas en la Historia de las Carmelitas de San José. Entre ellas podríamos recordar a Sor Ana María de la Eucaristía, que causó un gran dolor a Madre Clarita con su decisión de abandonar la Congregación; Sor Isabel de San José, primera sucesora de la Madre Fundadora, y que también abandonó el Instituto buscando, según ella, una mayor perfección; Sor Genoveva del Buen Pastor, biógrafa de la Madre y una de las columnas de la Congregación, al igual que Sor Magdalena del Sagrado Corazón de Jesús, que también fue biógrafa de Madre Clara María, aunque en tono menor. No podemos olvidar a las Superiores Generales de la Congregación: Sor Gertrudis de la Trinidad, Sor Paula del Divino Salvador, tan injustamente

marginada de la historia oficial y Sor Margarita de Jesús. También merece un recuerdo Sor Fidelina del Crucificado que fue la primera Maestra de Novicias de la Congregación.

En el edificio del Convento de Belén, estaba también el Hospicio en que se recibían niñas pobres y se les daba educación. Al principio se puso una pequeña cuota de cinco pesos, pero igualmente se recibían a aquellas niñas que no podían pagar. Madre Clarita solía decir que lo importante no era que pagaran, sino salvar sus almas. El grupo de niñas crecía mucho, de modo que en poco tiempo llegaron a ser 42 niñas, tanto internas como externas, aunque las que no pagaban llegaron a ser las más numerosas.

La vida de las Carmelitas de San José era muy sencilla, aunque profundamente evangélica. Se tenía en gran estimación el silencio para que el corazón estuviera constantemente elevado a Dios.

La pobreza era vivida con suma exigencia, tanto personal como comunitariamente. Madre Clarita les dijo que remendadas pero limpias, iba a ganar más almas que deslumbrantes por el lujo. La pobreza era la púrpura de una religiosa.

Ella misma, igual que su santa patrona Clara de Asís, vivía radicalmente la pobreza evangélica y fue desprendiéndose de todo lo que poseía hasta morir sin poseer absolutamente nada.

Inculcaba en sus hijas el valor de la obediencia. “La que es obediente -decía- es pobre y es casta. Su vida, también, fue un testimonio constante de perfecta obediencia a sus superiores eclesiásticos, incluso en situaciones muy difíciles.

Amante de la Liturgia. Quería que el culto divino fuera un digno testimonio de fe en Dios: Todo lo mejor para Jesús, repetía con frecuencia.

Disfrutaba mucho de la música, especialmente de la música sagrada. Escuchando una vez la “Serenata” de Franz Schubert, interpretada por una religiosa, exclamó: “A quien no le gusta la música, no le gustará ni el cielo.”

El mismo día en que voló a la casa del Padre, oyendo el coro de niñas de Belén, cantar delante del Santísimo Sacramento, una vieja melodía llamada “Es tu nombre dulcísima Virgen, una rosa cortada en el Cielo”, dijo llena de emoción: “Habéis cantado como los mismos ángeles”.

Como genuinas carmelitas constituían una comunidad orante y contemplativa. Cuentan los biógrafos de Madre Clara María, que su lugar favorito para orar era delante del Santísimo Sacramento del Altar, que pasaba largas horas arrobada en su presencia, que después de orar, el rostro se le iluminaba como quien ha contemplado la luz cara a cara.

Una persona que la conoció afirma que siempre que pasaba por la capilla, estaba allí la Madre Clarita, orando de rodillas ante Jesús Eucaristía.

Sor Dolores Ordóñez, declara que alguna vez Madre Clarita les habló de lo contemplado en su oración, mandándoles que guardaran secreto sobre eso. Este hecho nos permite intuir la hondura y la anchura de la vida mística de la Sierva de Dios.

Belén era una comunidad religiosa alegre y acogedora. En la recreación se contaban chistes, sin caer en la vulgaridad, ni en la grosería, se cantaban alegres canciones, se jugaban inocentes juegos y se danzaba alegremente.

En ella Madre Clarita daba cauce a su gracia y a su buen humor.

Contaba la Madre que iba un día por calle y, sin que ella se diera cuenta se le cató la capa del hábito; de pronto, un humilde campesino se acercó corriendo con la capa en la mano, y le dijo:

- Señora Clarita, se le cayó la cobija, tenga asté....

Y la Madre al contarle, reía con ganas.

Otra vez contaba que una ciegucecita se hayaba frente a un viejo portón que había sido clausurado. Ella se acercó a la viejecita y le dijo:

- Señora, apártese, que ese portón está condenado.

La palabra “condenado”, hizo que la viejecita se asustara y dijera:

- ¡Huy! niña Clarita, quíteme de aquí, por favor.

En otra ocasión en el comedor, la Madre veía como las religiosas jóvenes comían rápidamente, mientras ella, debido a su gastada dentadura, comía más lentamente. De pronto, ella levanta la voz y pregunta:

- ¿dónde han comprado ese molino?

Las religiosas, un tanto extrañadas, preguntaron:

- pero, ¿de qué molino habla, Madre?

A lo que Madre Clarita respondió:

- El molino de los dientes que como jóvenes muele tan bien.

Todas las hermanas rieron con ganas aquella ocurrencia.

Como para Madre Santa Teresa de Jesús, para Madre Clarita la Navidad era un tiempo muy especial en el que su corazón rebozaba de santa alegría.

Para la Nochebuena preparaba un hermoso Nacimiento y en torno a él la comunidad cantaba villancicos al Niño Jesús, haciéndose acompañar de guitarras, cascabeles, panderetas, maracas y zampoñas.

Para Navidad la Madre echaba la casa por la ventana, contaba Sor Genoveva del Buen Pastor.

En la homilía del funeral, el P. Juan Tomás López, dijo que Madre Clarita era una santa, pero que ocultaba su santidad con sus chistes.

En Belén también se trabajaba mucho, con seriedad y ahínco, había que ganarse el pan con el sudor de la frente, como lo manda el Apóstol Pablo. La primera en el trabajo era Madre Clara María, parecía como si se multiplicara, pues está en todo, dirigiendo, animando, corrigiendo y dotando el trabajo de espiritualidad.

“En silencio- decía- para elevar la mente a Dios y para que el trabajo abunde más.” El gran modelo de silencio, oración y trabajo era para ellas San José.

Las ocupaciones eran humildes, pero muy dignas. Se fabricaban hostias para la Santa Misa, se lavaba la ropa a los padres y los estudiantes del Santa Cecilia y a los padres jesuitas de la Iglesia del Carmen: había un apiario del que se extraía miel muy pura que se exportaba a los Estados Unidos, se confeccionaban vestiduras sagradas, se bordaba, incluso con pelo, pero, sobre todo, se amaba mucho a Dios.

El 7 de julio de 1917, se celebraba en la Iglesia la gran solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, el “Jueves de Corpus”. Madre Clarita, sus hermanas y las niñas habían asistido por la mañana a la solemne procesión en la Parroquia de La Inmaculada. El resto del día había transcurrido en las ocupaciones habituales.

Al caer la tarde, Madre Clarita, envió a Ildefonso, el mozo de mandados, a comprar candelas a la tienda de la Niña Chus Meza, y les dijo a las hermanas que no salieran a echar veneno a los zompopos.

Sobre la pequeña ciudad de Santa Tecla, se cernía una clama extraña, el cielo se había puesto de un rojo intenso, sanguinolento. Hacia las 7:00 de la noche un tremendo terremoto sacudió todo el país, destruyendo la ciudad de San Salvador, Santa Tecla y otras poblaciones del entorno del volcán de San Salvador, que había entrado en erupción. Una serie de sismos de menor intensidad se sintieron el resto de la noche hasta el amanecer.

La Comunidad de Belén, de rodillas en el jardín de las rosas, invocaba la misericordia y la protección de Dios:

***Santo Dios,
Santo Fuerte,
Santo Inmortal,
Ten piedad de nosotros
Y del mundo entero.***

Al amanecer, cuando un poco de calma vino a ellas, se dieron cuenta del daño que el movimiento telúrico había causado en las vetustas instalaciones del Convento de Belén. La Capilla prácticamente se había venido al suelo.

En aquellas dolorosas circunstancias, Carmencita, la hija de Madre Clara, y su esposo don Recaredo, vinieron en su ayuda, ofreciéndoles su casa de campo en la finca Utila, para que temporalmente se alojara ella, la comunidad y las niñas del Hospicio.

Hasta el mes de septiembre estuvieron en Utila y retornaron a Belén, que ya estaba medianamente habitable.

La mayor preocupación de la Madre en este tiempo era la construcción de una capilla nueva. Mientras tanto se construyó una provisional que fue bendecida en octubre de 1917. También le preocupaba la reconstrucción de la parte del muro que se había caído, pues, de otra forma, la comunidad y las niñas estaban desprotegidas e inseguras..

Las obras de reconstrucción del Convento de Belén, con la ayuda del Señor Arzobispo, de la Municipalidad de Santa Tecla y, de algunos bienhechores, entre ellos Carmen de Gallardo, su hija, se concluyeron en 1925. Madre Clara María murió sin ver la nueva capilla de Belén, consagrada en 1952.

La obra educativa de Madre Clara es de singular importancia en El Salvador, porque va dirigida a un sector de la población que normalmente estaba excluido de oportunidades de escolarización.

En realidad, el interés primordial de la Sierva de Dios iba dirigido a la formación espiritual de las niñas pobres; en lenguaje de la época, lo que ella quería era salvar almas, sin importar el precio que había que pagar; pero Madre Clara entendió que para salvar almas había que educar las mentes de los niños, no era suficiente enseñar a leer y escribir, había que promoverlos integralmente.

En esta tarea le ayudaba la Hermana Ana María de la Eucaristía, que era la Directora de la Escuela anexa al Convento de Belén, y Sor Juliana Hernández que era una maestra avezada en labores docentes.

En aquella escuela, germen del actual Colegio Belén, se enseñaba Matemática, Gramática, Ciencias, Artes Manuales, Música, pero también Moral y Religión.

Conforme pasaban los años, la obra de Madre Clarita se iba consolidando, porque el ideal de la Fundadora era que en su Congregación no se le cerraría la puerta a nadie que viniera con el deseo de santificarse. “Esta es una Congregación especial –solía decir- porque aquí se

admitirán las hijas naturales -siempre y cuando sus padres no estén casados, es decir, que no se trate de la hija de una unión adulterina o sacrílega, la experiencia también había demostrado a Madre Clara María que las viudas, aunque ella misma era viuda, no eran las personas más idóneas para la vida religiosa: Sólo viudas –decía- esta es la última, refiriéndose a Doña Antonia viuda de Enríquez, en el claustro, Sor María Antonia de Jesús, que había ingresado en 1926 y murió santamente en la Congregación.

Tampoco quería admitir a personas que hubieran estado en otra Congregación religiosa y hubieran salido de ella. En una ocasión admitió a dos ex beatas rosas y la experiencia fue bastante negativa.

Así Belén se convirtió en un semillero de vocaciones a la Vida Religiosa, de mujeres humildes y sencillas, algunas hasta iletradas, pero dotadas de buen espíritu, grandes deseos de ser santas y honda piedad cristiana.

CAPÍTULO 8

Hija obediente de la Iglesia.

En el proceso de configuración de las Terciarias Carmelitas como Congregación religiosa de votos simples, Madre Clarita encontró algunas dificultades, muy difíciles de superar.

Lo primero que había que lograr era dar a los votos privados y temporales que se hacían en la Comunidad, una estructura teológica y jurídica de votos auténticamente religiosos.

Las Terciarias Carmelitas prometían castidad y obediencia, pero no pobreza. La Sierva de Dios solicitó al anciano

Arzobispo Pérez y Aguilar, les concediera a las Carmelitas de Belén emitir también el voto de pobreza para completar el número trinario de los Consejos Evangélicos y, después de seis años de profesión temporal, hacer la profesión perpetua.

Suponemos que el noble Arzobispo de San Salvador se los concedió, aunque no existe documento que lo acredite, conservando siempre los votos su carácter de privado, es decir, sin los efectos vinculantes en el ordenamiento jurídico de la Iglesia.

El 1917 el Papa Benedicto XV, promulgó el Código de Derecho Canónico para la Iglesia Católica Latina, obra monumental del genio jurídico del Cardenal Gasparri. En él, se regulaba todo el fenómeno de la Vida Religiosa en la Iglesia.

Con el fin de implementar la legislación de 1817, en los años 1920 y 1921, la Sagrada Congregación para los Religiosos, emitió sendos decretos para los nuevos institutos religiosos que estaban en proceso de aprobación

por parte de la autoridad eclesiástica competente. Entre otras muchas cosas, se exigía la presentación de un ejemplar de las Constituciones y el Decreto de erección canónica por parte del Obispo Diocesano o de la Santa Sede Apostólica.

Con el fin de dar cumplimiento a los decretos mencionados, el Canónigo Secretario del Arzobispo, Monseñor Roque Orellana, escribió a la Superiora de Belén para pedirle que enviara los documentos exigidos por la Sagrada Congregación.

Madre Clarita, siempre obediente, remite al Monseñor Orellana los Estatutos de 1916, pero afirma no poseer el Decreto de erección como Congregación Religiosa de Derecho Diocesano.

Lo que sucedía era que ni los Estatutos eran unas constituciones en todo el sentido de la palabra, ni el Arzobispo Pérez y Aguilar pretendió en 1916 dar origen a un Instituto Religiosos de Votos Simples, sino una Hermandad de Terciarias Carmelitas de vida común.

Madre Clarita, a su vez, necesitaba una guía y orientación para cumplir con lo que pedía la Sagrada Congregación para los Religiosos. Esa guía y orientación fue lo que no aportó el Señor Arzobispo, la Curia Arquidiocesana y, por supuesto, los asesores de la Madre, como era el Padre López Peña y el P. Argueta, así como los sacerdotes salesianos y jesuitas con los que solía tratar.

La Santa Fundadora comenzó a buscar un modelo de Constituciones para redactar las propias. Alguien le habló de las Carmelitas Misioneras; ella dirigió la mirada hacia Barcelona.

El tiempo pasaba y Madre Clarita no lograba completar los requisitos necesarios para el reconocimiento oficial de su pequeña Congregación.

En realidad, bastaba con que el Arzobispo Pérez y Aguilar, solicitara a la Santa Sede el beneplácito para erigir un Instituto Religioso Femenino en su Arquidiócesis, que enviara con su petición un currículum vitae de la Fundadora, un ejemplar de las Constituciones, del

Oracional, el número de miembros del Instituto cuya aprobación se pretendía y que se enviara un informe detallado si en los orígenes del Instituto había algún hecho sobrenatural como apariciones o revelaciones.

1925 fue declarado Año Santo por el Papa Pío XI. En El Salvador se organizó una peregrinación a Roma, con el fin de ganar las Indulgencias del Jubileo.

Madre Clara María pensó: ¿No es esta la ocasión propicia para viajar a Roma y tratar mis asuntos con las autoridades vaticanas?

El pasaje era bastante caro y el viaje bastante largo para una persona de 67 años de edad; sin embargo, Madre Clarita no se detuvo ante ningún sacrificio con tal de lograr el bien para sus hijas Carmelitas.

Tres cosas la ilusionaban de este viaje: ganar el Jubileo, visitar en Loreto la casita de la Santísima Virgen, estar en Lourdes, lugar de las apariciones de la Inmaculada y, por supuesto, conocer al Vicario de Cristo, el Papa Pío XI.

¿Sería posible que la recibiera en audiencia privada para exponerle el motivo principal de su viaje?.

Los peregrinos se embarcaron en Cutuco, Puerto de San Carlos de La Unión, el día 19 de julio de 1925, llegarían a Roma, el anhelado término del viaje, el 28 de agosto.

La Señorita Magdalena Álvarez ya siendo anciana, entonces era muy joven, viajaba en la peregrinación, recordaba con toda precisión a Madre Clara María de Jesús.

Tendría, dice, poco menos de setenta años, pero se podía ver aun que había sido una mujer de gran belleza, un tipo clásico, de mediana estatura, complexión robusta, tez muy blanca, ojos café claro vivísimos, nariz regular y algo prominente, que denotaba una mujer de fuerte personalidad, labios finos, que al sonreír iluminaban el rostro de una gracia especial, sin privarlo de su natural gravedad.

Vestida con su señorial hábito de Carmelita, destacaba entre los pasajeros por su figura austera, acaso un poco severa.

Tenía unas manos muy bellas: dedos largos y finos, como son los de las personas de un elevado nivel espiritual.

Era muy alegre y simpática. Siempre la primera en las actividades de la peregrinación. Todos los días, al atardecer, se le veía en cubierta con la mirada perdida en lontananza, como quien medita en serias preocupaciones o en elevados y divinos pensamientos. El Libro de Oraciones solía ser su inseparable compañero.

Por sus modales y distinción fácilmente podía deducirse que había sido una dama de alcurnia. El capitán del barco, Monsieur Dumas, solía invitarla con frecuencia a su mesa, juntamente con Monseñor Juan Antonio Dueñas y Argumedo, Obispo de San Miguel.

Al llegar a Roma, se dedicaron a la visita a las siete basílicas suburbicarias para ganar las indulgencias del

Jubileo. El 1 de septiembre fueron recibidos en audiencia por el Santo Padre Pío XI, Achile Ratti.

Madre Clarita no pudo entrevistarse personalmente con él, para consultar sus inquietudes sobre el futuro de su Congregación en El Salvador.

Gracias a las influencias del Obispo de San Miguel, fue recibida por el Prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos, el Eminentísimo Cardenal Camilo Laurenti. A la audiencia con el Purpurado fue acompañada por Monseñor Dueñas y Argumedo, pero el Cardenal Prefecto le hizo ver que obispo competente era Monseñor Pérez y Aguilar, quien debía pedir el beneplácito de la Santa Sede para erigir a las “Terciarias Carmelitas Descalzas Teresas de San José” en Congregación Religiosa de Derecho Diocesano.

Pero resulta que, debido a su avanzada edad y mal estado de salud, Monseñor Pérez y Aguilar, mi Ilustre antepasado, había presentado su renuncia ante la Santa Sede, el 20 de abril anterior y, en su lugar, había sido nombrado como

Administrador Apostólico, el hasta entonces Obispo Auxiliar, Monseñor José Alfonso Belloso y Sánchez.

Desde la fe, Madre Clara María, asumió el fracaso de sus gestiones vaticanas, una vez más pensaría que sí la Congregación era obra de Dios, nadie podría abatirla, pero si no lo era se disolvería por ella misma, como sal en el agua.

La visita a Loreto, en la Marca de Ancona, donde se encuentra la casita de la Virgen María, llenó su corazón de dulces consuelos. ¿No había sido siempre la Santísima Virgen María su madre, refugio y consuelo?

El 11 de septiembre, el grupo salvadoreño, emprendió el viaje de retorno a la patria, pero no podían hacerlo sin antes visitar ese prodigio de amor mariano que es Lourdes.

¿Cómo se derramaría en confidencias el corazón de Madre Clarita ante su Inmaculada Concepción? En las manos de la Madre María depositó a su Congregación de Carmelitas de San José y su corazón encontró la paz.

El regreso a El Salvador estaba previsto para el día 14 de octubre, víspera de la fiesta de Santa Teresa de Jesús. Sus hijas se prepararon con mucho amor y entusiasmo para recibir a la Madre que retornaba de tan lejanas tierras.

El recibimiento fue grandioso: arcos de flores, cantos, declamaciones, piezas clásicas interpretadas por algunas hermanas que la misma Madre había puesto a estudiar piano, pero, sobre todo, la alegría de estas nuevamente las hermanas con su madre.

Madre Genoveva, sin embargo, anota que a Madre Clarita se la veía envejecida, ya no tenía el ánimo ni el entusiasmo de antes, como cuando quiso rifar la casa donada por Sor Mercedes de la Eucaristía para traer desde Inglaterra los materiales para el nuevo templo de Belén; trabajaba, sí, pero con mayor esfuerzo y más cansancio.

Cuando las hermanas le recomendaban que no trabajara tanto y descansara un poco más solía responder que su


descanso sería en el cielo, y señalaba con el dedo índice el firmamento.

El bien espiritual de sus hermanas era una de sus principales preocupaciones. Desde hacía un tiempo la Comunidad de Belén no tenía confesor ordinario, y tampoco extraordinario, por lo que escribe al Administrador Apostólico, Monseñor Belloso y Sánchez, para que se los conceda. El Obispo, pensando que el capellán de Belén puede hacer las veces de confesor ordinario, sólo nombra como confesores extraordinarios a los padres dominicos E. Frutos y Manuel Díaz Gascón.

La actitud del futuro Arzobispo de San Salvador (noviembre de 1927) fue muy positiva, tratando de arreglar jurídicamente la situación de las Carmelitas de San José, aunque de nuevo se encontró con la dificultad de la carencia de unas Constituciones y la falta de un decreto de erección canónica como un Instituto Religioso. Debido a ello, tampoco podían ser agregadas a la Orden de Carmelitas Descalzos y así gozar de todas sus gracias y privilegios espirituales.

Desde otra perspectiva, para todos los efectos las Carmelitas de San José, que se llamaron así por sugerencia de un ex Superior General de los Carmelitas Descalzos (1925), eran consideradas en la Arquidiócesis de San Salvador como verdaderas religiosas, y Madre Clara María como su Superiora General, reelegida en 1920.

En julio de 1927, el Administrador Apostólico de San Salvador, Monseñor Belloso y Sánchez, designó al fraile franciscano, P. Plácido Elcorobarrutila, Visitador Extraordinario de las Religiosas del Convento de Belén. Cuando Madre Clarita recibió la comunicación se encontraba un poco enferma pero, en cuanto se recuperó, escribió al Padre Plácido para manifestarle su alegría por su nombramiento y describía la Congregación como un campo fértil pero inculto y, ella misma, se describía con toda humildad como “una labradora más inculta que el mismo campo”. Lastimosamente el P. Elcorobarrutia no cumplió el mandato del Arzobispo, sino después que la Madre había muerto.



El Instituto de Hermanas Carmelitas Descalzas de San José, nacidas a la sombra de los viejos muros de la humilde Iglesia de Belén, Santa Tecla, se dilata cada día más para la gloria de Dios y salvación de las almas.

**Monseñor Luis Chávez y González.
Arzobispo de San Salvador.
(1938 – 1977)**

Santa Tecla, agosto 6 de 1927.

**Muy Rvdo. Fray Plácido Elcorobarrutia,
San Salvador.**

Reverendo Padre de todo mi respeto y cariño: cuánto consuelo nos ha traído la atenta comunicación que Vuestra Reverencia nos hace del nombramiento que el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Administrador Apostólico ha tenido a bien confiarle para nuestra primera Visita Canónica, que tanto hemos deseado y pedido a Dios Nuestro Señor con ansias de nuestro corazón y que, abrigamos la esperanza, que ella sea el principio del aprovechamiento espiritual en esta humilde casita, donde apenas se balbucea debidamente Santo Nombre del Señor. Así que no espere Vuestra Reverencia encontrar en ella más que un campo fértil, sí, pero casi sin cultivo por encontrarse hoy manejado por una pobre labriega más inculta que el mismo campo, cuyas preciosas plantas, me temo que por mi rusticidad lleguen a marchitarse, con perjuicio de los intereses de Jesús...

**Madre Clara María de Jesús,
Religiosa Carmelita.**

CAPÍTULO VI

Loado seas mi Señor, por la hermana muerte corporal.

Los últimos años de la vida de Madre Clarita fueron de mucho sufrimiento en el orden físico. Cuando regresó de la Ciudad Eterna vino agravada de su mal del corazón, afirma Madre Genoveva del Buen Pastor, lo que significa que la enfermedad que la llevó a la tumba era anterior a julio de 1925.

En junio de 1927 tuvo una crisis coronaria que estuvo a punto de causarle la muerte. El menor esfuerzo físico le causaba graves síntomas de asfixia. Su yerno, el Dr. Godofredo Arrieta Rossi, estaba al cuidado de su salud.

En esta época es que Madre Clara María se enfrenta seriamente a lo que será el futuro de la Congregación cuando ella falte.

¿En qué piensa una madre cuando sabe que va a morir?

Después de aquél primer gran ataque al corazón, la Madre sabía que iba a morir, que no le quedaba mucho tiempo. ¿Qué cosas le preocupaban al tener que dejar este mundo?

Es curioso que a Madre Clarita le preocupara poco su familia natural. Sabe que Carmen y Tulita son mujeres bien casadas, con familias estables; Alfredo es cierto que tiene problemas económicos pero ha formado un excelente hogar con Lucía, su esposa, y sus hijos; el único que acaso le preocupara un poco era Cipriano, tan débil psicológicamente, absorbido por la pasión alcohólica.

A ella le preocupa, sobre todo, la familia de la que es madre espiritual, las Carmelitas de San José. Le preocupaba dejarlas sin el reconocimiento oficial por parte

de la Iglesia. Hasta el último momento estuvo buscándolo, pero siento que le hicieron falta apoyos y ayudas para superar las dificultades que se le planteaban.

Por una parte el Arzobispado, a pesar de su buena voluntad, tuvo una actitud excesivamente ambigua y vacilante, acaso porque veían a la naciente Congregación muy frágil y sin la vitalidad suficiente para poder desarrollarse y expandirse. Actitud que no se vio en el decidido apoyo que prestaron a las Hermanas de Betania, que lograron su reconocimiento oficial en 1928... ¡Dios tiene sus caminos!.

Por otra parte estaba el interrogante sobre quién podría ser su sucesora, la mujer fuerte y de fe incommovible que pudiera sacar adelante esta obra que la Madre esta persuadida que era conforme con la voluntad de Dios.

Cuando Madre Clarita hizo su testamento en julio de 1925, dejó como responsables de los bienes del Instituto a Sor Isabel de San José y a Sor María del Carmen de Jesús. ¿Pensaba en ellas como posibles sucesoras suyas? Es

probable que así haya sido, aunque con el paso de los años parece que se fue inclinando por Sor Ana María de la Eucaristía.

El P. José Encarnación Argueta, al enterarse de la muerte de Madre Clarita, escribe una carta de pésame que dirige a Sor María del Carmen de Jesús, ¿creería que ella había sido electa como Superiora General?

Lo cierto es que entre las Carmelitas de San José había algunas divisiones que, advertidas por la Santa Fundadora, la llenaban de incertidumbre con respecto al futuro del pequeño grupo, y hacía que las exhortara frecuentemente a mantener la unidad, amándose como verdaderas hermanas.

Dentro de la Congregación, existían también algunas tendencias centrífugas, es decir, personas que posiblemente pensaban que lo mejor para ellas era unirse a otra Congregación mayor. Madre Clara María también les advierte sobre aquellas religiosas que querían llevarlas por

otros caminos, haciendo que se olvidaran del carisma recibido.

La Madre invitaba a sus hijas a ser fuertes, a no acobardarse porque les esperaban muchas persecuciones si querían ser fieles al espíritu de pobreza y sencillez que les dejaba.

Cada día el mal del corazón de Madre Clara María de Jesús se iba agravando, ya ella había hecho el proceso de desprenderse totalmente del mundo y sólo deseaba ir al cielo para estar con Dios... “ desde el cielo las ayudaré”, les decía. En una ocasión, después de un fuerte ataque de asfixia, al volver en sí exclamó: “¿ Por qué no me dejaron ir?”

El 14 de octubre de 1928, aniversario de la fundación, estuvo en paso de muerte. El Dr. Arrieta Rossi, le prohibió cualquier esfuerzo físico, toda emoción fuerte y le recomendó que saliera lo menos posible de su habitación.

Un día se encontraba sentada en su escritorio, junto a una ventana que daba al patio, contemplando el esfuerzo de unos trabajadores que se encontraban extrayendo cascajo junto a un muro.

Inesperadamente, Madre Clara, les gritó a los obreros que se apartaran del muro; como los obreros no hicieran caso, volvió a repetirles la orden, en cuanto los obreros se alejaron un poco del viejo muro, este se derrumbó con estrépito. La premonición de la Madre libró de una segura muerte a los obreros.

En noviembre se repitió la crisis cardíaca, Madre Clarita quedó prácticamente inutilizada. El más leve movimiento la cansaba, comía muy poco, apenas salía de su celda para visitar al amor de sus amores: Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Carmen de Gallardo, creyendo que en mansión se hallaría mejor cuidada, pidió le concedieran licencia para llevarla consigo; el Arzobispo dio su visto bueno pero, cuando le preguntaron a la Madre, respondió:

- “Sería como sacar a un pez del agua, me moriría más pronto.”

Consultado su médico de cabecera, estuvo de acuerdo con ella en que sacarla de Belén sería acelerarle la muerte.

Mientras tanto, las tensiones internas habían llegado a ser muy fuertes, el conflicto entre Sor Isabel de San José y Sor Ana María de la Eucaristía se había vuelto insostenible, de modo que ésta última tomó la decisión de abandonar la Comunidad y se lo comunicó a la Madre. Esto le ocasionó un gran dolor que afectó más a su enfermo corazón, pues veía la desbandada de sus hijas después de su muerte. De hecho, tanto Sor Isabel de San José como Sor Ana María de la Eucaristía abandonaron la Congregación tras la muerte de Madre Clarita.

Ella se consolaba de este dolor con las jóvenes que, como Angelina Tarracena, entraban en el postulante:

- “Hay quienes no pueden saborear las dulzuras del claustro, porque no se hizo la miel para el pico del zope”.

El 8 de diciembre amaneció un fresco y soleado día de verano; la Iglesia celebra ese día la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Era día sábado.

Madre Clarita había ordenado que tanto la casa como la iglesia se adornaran como para un día de gran fiesta, como lo era. Habría Misa Solemne presidida por el Capellán de Belén, Padre Juan Tomás López, y cantada por las niñas del Hospicio y las Hermanas de la Congregación. Sor Isabel de San José, Otilia Melara, tocaría por primera vez el piano en una función solemne.

Después de la misa se dejaría expuesto el Santísimo por el resto del día.

Al terminar la Santa Misa, el P. Juan Tomás llevó la comunión a la enferma, que se estuvo un largo rato en la acción de gracias.

Yo os saludo, ¡oh Jesús Hostia!, el más hermoso de los hijos de los hombres. Yo os saludo mi Bien Amado, Celestial Prisionero de Amor, que veláis siempre sobre mí. Sed bendecido por todo cuanto existe, sed bendecido principalmente por mi corazón que os prefiere a todo.

¡Oh Santa Hostia!, fortaleza del alma desterrada, Divina Eucaristía, obra maravillosa del Corazón de mi Jesús. Sed mi más delicioso pensamiento ahora que os adoro escondido bajo los velos eucarísticos y en la hora de mi muerte venid, ¡oh Jesús Hostia!, venid con María y José a recibir mi último suspiro. Los últimos reflejos del día han desaparecido ya, las sombras de la noche se extienden sobre la tierra, es hora de partir, es necesario dejaros, ¡oh Jesús!, que me habéis bendecido en este día y puesto bajo vuestros auspicios.

Jesús, que habéis llenado mi alma con vuestros favores, como los Apóstoles en el Tabor, quisiera alzar aquí mi habitación. Qué hermoso es descansar a la mirada y sombra de vuestro Tabernáculo.

Qué dulce es rogar, llorar, esperar y amar al pie de vuestros altares. La puerta del templo se va a cerrar y yo iré a tomar mi descanso, más antes de separarme dejo a vuestras plantas, ¡oh Jesús!, mi alma, que habéis llenado de tantos favores.

Sí, ¡oh Jesús!, yo os amo; una vez más, yo os amo y me retiro dejando mi corazón. ¡Ah! Quisiera ser esa lamparita que con dulce y temblante luz, va a brillar delante de Vos toda la noche.

Ángeles del Santuario, Guardias de Honor de la Divina Eucaristía, decid a mi Jesús que mi corazón no dejará de velar durante mi sueño. Quiero que cada una de sus palpitaciones sea una plegaria y un afecto de amor. Adiós, pues, mi amado y buen Jesús, dadme vuestra santa bendición, defiéndeme de mis enemigos espirituales y dadme tu santo amor. Adiós, adiós.

Texto Eucarístico atribuido a M. Clara.

Posteriormente tomó un ligero almuerzo y pidió que la llevaran ante el Santísimo Sacramento. Casi una hora estuvo abismada en la contemplación. Concluida la adoración, pidió que se reunieran las hermanas para hablarles un poquito.

Eran tan hermosas y profundas aquellas exhortaciones de Madre Clara, que una hermana afirma que no se cansaban de escucharla y que, al contrario, no deseaban que dejara de hablar.

Las hermanas profesas, novicias y postulantes, colocadas en semicírculo en torno a ella, escuchaban reverentes las palabras de la Sierva de Dios.

Hablándoles estaba cuando le sobrevino un ataque de asfixia.

- Ya me había dicho Godo que no debía hablar, dijo, y la Madre se desmayó.

Las hermanas corrieron a traer un tanque de oxígeno que tenían para estas ocasiones, pero cuando Madre Clarita se llevó la mascarilla a la nariz, dijo:

- ¡Esta vacío!

El Dr. Luna, que había sido llamado de emergencia, al no encontrar en su casa al Dr. Godofredo Arrieta Rossi, le dio masaje cardíaco, aplicó la técnica de respiración boca a boca, intentó vitalizar su corazón inyectándole adrenalina, pero nada funcionó. ¡ La Madre estaba muerta!

Eran las 2:30 de la tarde, del sábado 8 de diciembre de 1928.

El Padre Juan Tomás López le administró la Extremaunción, le dio la absolución “in artículo mortis” y le hizo la recomendación del alma.

La alegría se torno llanto y los crespones blanco y azul de la Inmaculada, se volvieron negros, el color del duelo.

No hubo necesidad de amortajarla, ella misma se había hecho vestir con su hábito y sus sandalias nuevas, como la novia que se adorna para la boda.

Su cadáver, ¿quién diría que no dormía?, fue colocado en un catafalco en la Capilla de Belén, en donde, desde que se difundió la noticia de su muerte, miles de fieles comenzaron a desfilar, con una frase en los labios que se repetía como eco en toda la ciudad: ¡Ha muerto una santa!.

Era tan fuerte esta convicción que tocaban a su cuerpo rosarios u otros objetos religiosos para guardarlos como reliquia; incluso, llegaron a cortar trocitos de su hábito con el mismo fin, por lo que fue necesario que las Hermanas hicieran guardia en torno al catafalco.

El testimonio más elocuente en este sentido, es el del Arzobispo de San Salvador, Monseñor José Alfonso Belloso y Sánchez, quien llegó a Belén en cuanto se enteró de la infausta noticia, y profundamente conmovido, hasta las lágrimas, dijo:

“Que no se toque nada, la Madre era una santa, algún día subirá a los altares”.

Sus funerales se celebraron al día siguiente, 9 de diciembre, y fueron presididos por el Capellán de Belén, R.P. Juan Tomás López. No se ha visto cosa igual en Santa Tecla, porque en un único pesar iban miembros de todas las clases sociales, unidos en el amor y la admiración por la Rosa de Santa Tecla, MADRE CLARA MARÍA DE JESÚS QUIRÓS LÓPEZ.

El recuerdo de sus virtudes extraordinarias, hasta el heroísmo, y su fama de santidad, han hecho que su proceso de Beatificación y Canonización se iniciara el 4 de noviembre del 2004.

Quiera Dios que un día no muy lejano tengamos la dicha de verla exaltada a la gloria de los altares y podamos encomendarnos a su intercesión.

Roberto Bolaños Aguilar,

Santa Tecla, 2 de agosto de 2005.

Fiesta de Nuestra Señora Reina de los Ángeles.

Epílogo.

Al cerrar las páginas de este libro sólo hay una conclusión posible: ¡***Quiero ser como Madre Clara María de Jesús!***
Que Dios te lo conceda y bendiga abundantemente.

**VIDA BREVE
DE MADRE CLARA MARÍA QUIRÓS**

INDICE

	<u>Págs.</u>
<u>CAPÍTULO I</u> <u>Casi un ángel.</u>	4
<u>CAPÍTULO II</u> <u>Casada a los quince años.</u>	28
<u>CAPÍTULO III.</u> <u>Descubriendo horizontes Nuevos.</u>	54
<u>CAPÍTULO IV</u> <u>Soy toda de Jesús.</u>	72
<u>CAPÍTULO V</u> <u>Hija obediente de la Iglesia.</u>	88
<u>CAPÍTULO VI</u> <u>Loado seas mi Señor, por la hermana muerte corporal.</u>	102

Algunas Obras del mismo Autor
Roberto Bolaños sobre la Sierva de Dios
Madre Clara María de Jesús Quirós y su obra

1. **“Una Sonrisa de Dios para los Pobres”**, Historia Documentada sobre la Vida de Madre Clara María de Jesús Quirós, fundadora de las Hermanas Carmelitas de San José. Diciembre 2003.
2. **Sierva de Dios CLARA MARIA, fundadora de las Hermanas Carmelitas de San José.** (Versión popular basada en la historia documentada). Diciembre 2004.
3. **De Santa Tecla a Roma**, Historia Somera de las Hermanas Carmelitas de San José. Marzo 2005.
4. **Mi vivir es Cristo.** La Vida de Madre Clara María de Jesús Quirós, fundadora de las Hermanas Carmelitas de San José. (Versión Juvenil – Vocacional) Mayo 2005.
5. **Dejarse Guiar por el Espíritu.** Textos de y sobre Madre Clara María de Jesús. Diciembre 2005
6. **Madre Clarita.** Vida Breve de la Sierva de Dios Madre Clara María de Jesús Quirós. Febrero 2006

